

Sobre “Historias del presente inmediato” , de Anthony Vidler, Gustavo Gilí, Barcelona, 2011 (ed. original MIT, 2008)

Si pensamos que el conocidísimo libro de Rossi, *L'Architettura della città*, escrito en 1966 y publicado en España en 1971, no se publicó en idioma inglés hasta que se hizo en Estados Unidos ¡al final de los años 90!, y que este libro de Vidler, editado en 2008, se ha traducido y editado en castellano en 2011, se podrá tener una idea del abismo que separa a culturas arquitectónicas como la española –y la italiana- de las británicas y estadounidenses. Quizá el mundo anglosajón sea -no sé- especialmente activo y brillante en determinadas disciplinas, pero, desde luego, no lo es en arquitectura, ni profesionalmente ni tampoco en el aspecto académico. El poder económico y político que significa el mundo de habla inglesa pretende convencernos de su excelencia en todos los campos del conocimiento, pero, desde luego, en el nuestro, al menos, no es así. Estaría por ver en cuales lo es, verdaderamente.

Quizá las culturas arquitectónicas italiana y española sean muy distintas, pero tienen algunas similitudes desde hace bastantes años. Está entre ellas la importancia de su producción histórica y ensayística, y, más aún, su avidez por el conocimiento de todo lo que ocurre en el mundo. En el aspecto de la producción intelectual, España parece haber sucedido a Italia después de que este país se haya sumido en una cierta modorra, y como consumo, y al menos entre una cierta élite, se lee todo lo que se escribe en el mundo, aunque esté en inglés, francés, italiano o español (no tanto, si está en alemán) y se traduce además mucho de lo significativo que en otros sitios se publica.

En Estados Unidos (y en el Reino Unido, como provincia cultural suya) se atiende sólo, por el contrario lo que se publica en inglés. Casi exclusivamente, por no decir que en modo total. Es decir, sólo a lo que se publica allí, pues la atención a lo editado en otros idiomas o países no existe. Apenas se traduce casi nada. Ignoran prácticamente el mundo cultural francés y alemán, pero lo que es más grave, también el italiano y, desde luego, ignoran absolutamente el español, y el ibérico y latinoamericano.

Recientemente necesité manejar la revista *Journal of The Society of Architectural Historians* (a la que alguna vez se refiere Vidler en su libro) y consulté, hoja por hoja, unos 25 años de su historia y hasta el presente. Comprobé que apenas se hacen eco de libros franceses o alemanes, menos todavía de italianos y prácticamente nada de españoles o de habla castellana. Los estadounidenses ¿no saben, por ejemplo, que desde después de la segunda guerra mundial la producción más importante del mundo acerca de historia de la arquitectura es italiana? No parecen saberlo, desde luego, lo que es una ignorancia culpable, o, simplemente, no les interesa. En cambio, los mundos latinos, y como ya dije, al menos el español y el italiano, tienen sus propias publicaciones, leen en otros idiomas y traducen mucho. Nuestras culturas son, pues, completamente distintas, y si ellos siguen detentando todo el poder en cualquiera que sea el campo, sabemos bien que nuestro conocimiento –en arquitectura- es superior. Entre otras cosas porque no nos dejamos llevar por falsos caminos.

Pero dejemos esto, por ahora. Baste para explicar el modo totalmente prejuiciado, y en forma voluntaria en que he leído, en castellano, el libro de Vidler. No esperaba encontrar demasiado en él, y sí, desde luego, muchos tópicos de la cultura anglosajona, ya tantas veces tropezados y que tanto se han tragado nuestros ingenuos compatriotas. Así ha sido, desde luego, aunque no sólo. Intentaré ordenar y exponer bien, para beneficio de los lectores, cuáles han sido los pareceres que ha despertado mi lectura.

Debo empezar por decir que Vidler se desliza por un mundo tan familiar que hace que la lectura de su libro se haga verdaderamente fluida, lo que, desde luego, no es un defecto, todo lo contrario. El libro se lee bien, casi como una novela. Una novela en la que, de antemano, conocemos tanto a todos y cada uno de los personajes como los aspectos de sus diferentes aventuras. Una novela interesante, pero sin intriga.

Una primera observación es necesaria para mí, ya en la introducción. Vidler se propone relatar, explicar y criticar lo que dice su subtítulo: *La invención del movimiento arquitectónico*, y parte de 4 historiadores que ha elegido para ello, Emil Kaufmann, Colin Rowe, Reyner Banham y Manfredo Tafuri. Al acabar la introducción, donde empieza a explicar y a justificar esta elección, dice: “... *una complicidad [entre historia y proyecto] que ha dado origen a algunos de los experimentos arquitectónicos más interesantes del período de posguerra, incluyendo la Casa de vidrio de Philip Johnson, la Staats galerie de Stuttgart de James Stirling, la Living City de Archigram, La Città análoga de Aldo Rossi y más recientemente el Kunsthall de Rotterdam de Rem Koolhaas y las Casas I-XI de Peter Eisenman, por tomar solo unos pocos ejemplos*”.

No voy a comentar mucho estas palabras. Tan sólo decir que resulta difícil, para mí, encontrar una lista más confusa, más representativa de los intereses anglosajones (en cuanto intereses no tanto torcidos como absolutamente despistados), y más lejana de cómo yo pienso que sean las cosas; las cosas interesantes, me refiero. Baste decir que en una lista así no deberían figurar arquitecturas de Philip Johnson, y mucho menos Eisenman, y que solo están por el poder de sus personas y por su cercanía con quien escribe, que demuestra así su vasallaje, típico de todos los campos, pero también del universitario estadounidense. Que no debería recordarse a Stirling por ese edificio y que en España no lo hacemos; que la Città análoga es un libro de Rossi anunciado, pero nunca escrito. Que Archigram sólo les interesa a los británicos –ni siquiera a ellos, verdaderamente– y a algunos nostálgicos despistados. ¿Podría figurar Koolhaas? Es posible conceder que es la única cita oportuna. Y si se habla de historia y proyecto, ¿cómo no se cita a Moneo y a Siza, dos de los mejores arquitectos del mundo, quizá los que más, perfectamente conocidos y perfectamente pertinentes en el tema que el autor se propone?

En fin, sin entretenerse mucho, me parece una muy decepcionante forma de referirse a determinadas arquitecturas de la segunda mitad del siglo XX, pues ejemplifican esta época muy mal. La época, por otro lado es incierta, o demasiado amplia, pues de Johnson y Archigram a Koolhaas, pasando por Eisenman y Rossi, van 50 años o más. El párrafo se presta a más comentarios, pero los dejaremos pasar. Añadamos tan sólo que es un mal prólogo para empezar la novela. Los personajes y sus aventuras, de momento nos gustan poco.

Los personajes son aquellos con los que el autor quiere hacer un discurso en que el binomio historia y proyecto puedan considerarse protagonistas. De ahí la elección de Kaufmann, Rowe, Banham y Tafuri. La colección de autores puede convencer, en un principio, pero algo menos si se examina con atención.

Kaufmann es un autor interesante, y a Vidler le permite enlazar con Rossi (¿no leyó “L’Architettura della città” hasta final de los 90?), personaje absolutamente imprescindible para contemplar el desarrollo de la arquitectura del último tercio del siglo XX y, muy concretamente, para los propósitos del autor. Kaufmann es fundamental, desde luego, para tratar de la importancia de los iluministas franceses, una de las especialidades de Vidler, pero a éste sólo le sirve en definitiva para dar vueltas al concepto de autonomía y a la idea ya contenida en el título del segundo libro (“De Ledoux a Le Corbusier”). El hecho de que pueda aceptarse, y tener debidamente en cuenta, la idea de que la modernidad empezó a final del siglo XVIII, no da a Vidler demasiada cuerda, y no llega a justificarse la presencia de Kaufmann dentro de los cuatro protagonistas.

Pues el primero, en vez de un personaje, ¿no debería de ser el hecho ya citado de que la modernidad –sus ideas- empezaron en aquella época? El personaje a tratar podría haber sido Rossi, y no Kaufmann, o los dos juntos, si no se sigue ese formalismo tan norteamericano de los números redondos (Cuatro no se qué, Diez no sé cuantos...), y se atendiera de verdad al mundo de las ideas. Y también debería de haber sido Peter Collins, autor del gran libro “Changing ideals in modern architecture: 1750-1950”, obra fundamental, que engloba en cierto modo la tesis de Kaufmann, e incluso la de Geoffrey Scott (“The Architecture of Humanism”). El libro de Collins, al perseguir con perspicacia absoluta las ideas – preferentemente las analogías- que utilizaron los arquitectos durante dos siglos para proyectar, es un texto absolutamente fundamental en relación a historia y proyecto, al que Vidler no se refiere nunca. Ni siquiera lo cita de soslayo, y esta falta es grave. Kaufmann, Rossi, Collins, y lo que todos ellos significan en relación a la época que separa y une al iluminismo y la modernidad, hubieran sido un mejor objetivo que un solo personaje. La idea de sacar a Rossi, precariamente, es buena, pero no suficiente. Falta Collins, una de las carencias más importantes del libro, a entender de quien esto escribe. Al menos.

Como ya se había indicado, la preocupación fundamental de Vidler acerca del libro de Kaufmann es el concepto de autonomía de la arquitectura. Recogido por Rossi, este concepto fue muy debatido a partir de los años 70, y es así base de una polémica ardua en su día y hoy ya demasiado vieja. Vidler va viendo, de un lado, como para Kaufmann autonomía significa independencia, de las partes y elementos y de los edificios, y constituye así, para él, un tema de método, un instrumento de proyecto. De otro lado, relaciona el concepto con el pensamiento de Immanuel Kant y la “Crítica de la razón pura”, alineándose así con el vicio estadounidense de confundir la teoría de la arquitectura con la filosofía, afición que, a entender de quien escribe, no ha dado prácticamente fruto alguno. También trata algo profundamente heterónimo y más interesante, y es la relación entre el entendimiento de Kaufman del iluminismo, y de su transición hasta el moderno, con el pensamiento progresista, ello en tiempos del ascenso nazi, y en oposición directa a las ideas de su compatriota Hans Sedlmayr, comprometido con el nazismo, antiprogresista en arte, y autor de libros radicales en contra del arte moderno y de bastante interés, como es conocido. Vidler señala como a

Sedlmayr la arquitectura de Ledoux le parecía estrambótica y sintomática de la locura, y la de Le Corbusier “su extremo más disparatado y antiarquitectónico”. Bien es cierto que estas opiniones, sobre todo en relación a Le Corbusier, fueron bastante comunes y que fueron realizadas también desde el otro extremo del espectro ideológico.

Más adelante, y bajo el epígrafe de “Análisis estructural”, Vidler entra algo en la acepción del concepto de autonomía que puede interesarnos, aquél que consiste en sus “requerimientos internos de construcción y de uso”. Después de tantas polémicas de hace mucho tiempo, como ya se ha dicho, quedaron claras dos cosas. La primera que entre arquitectura y sociedad hay muy escasa autonomía; la arquitectura es completamente dependiente de la sociedad, y la representa a ella más incluso que a los profesionales o a la propia disciplina, si bien algunos rasgos de “cosas” autónomas aparecen siempre en mayor o menor grado en las obras reales, vulgares o no. Esto es evidente. Pero, por otro lado, creo que quedó también en su momento como no menos obvio el hecho de que la arquitectura, como campo de pensamiento, como disciplina del acto del proyectar e incluso del análisis, maneja sus instrumentos y recursos de un modo completamente autónomo y propio, hablando ahora en otra acepción de la autonomía que atiende a los procesos morfológicos como algo imposible de mezclar con ideologías o cuestiones sociales. La arquitectura, al atender necesariamente a la naturaleza del mundo material y de las cosas físicas, de un lado, y al haber ido acumulando una historia casi infinita de recursos y experiencias, de otro, es, y se ha convertido, en un campo autónomo en cuanto dotado y necesitado de un modo propio de pensamiento y acción, de unos instrumentos del todo específicos. Incluso esta acepción de la autonomía no está reñida con la anterior heteronomía y dependencia, por lo que puede decirse que la arquitectura es heterónoma y autónoma simultáneamente. Aclaro que en estos asunto insiste quien escribe, y no Vidler, pues es fundamental tanto para el desarrollo de la disciplina como para su interpretación y análisis.